



Arturo
PÉREZ-REVERTE
(enviado especial)

Los seis años de guerra civil en el Líbano han reducido a este pequeño país del Cercano Oriente a un sangriento despojo, cuyos 10.000 kilómetros cuadrados no son sino un laberinto de ennegrecidas ruinas, entre las que musulmanes, cristianos, palestinos, sirios, «casco azul» y toda clase de voluntarios extranjeros se matan entre sí con despiadada ferocidad. Durante dos semanas, Arturo Pérez-Reverte ha viajado a lo largo y ancho de la pesadilla libanesa, visitando todos los frentes de batalla, para traernos, en texto e imágenes, este estremecedor testimonio.



Es fácil morir en Beirut, aunque apenas se tengan catorce años.

La chiquilla tiene unos catorce años. Su rostro es una máscara de sangre coagulada, inexpresiva y trágica. En la oreja derecha, entre mechones de cabello sucio y apelmazado, brilla una bolita de oro, un pequeño pendiente.

musulmanes a un lado, cristianos al otro— juegan entre las ruinas, persiguiendo a las ratas a pedradas. Porque lo verdaderamente insólito de esta eterna guerra es que, a pe-

La bomba que la mató también destruyó el cuerpo de su hermano pequeño. El crío está junto a ella, con las ropas arrancadas por la onda expansiva del proyectil sirio que reventó sobre ambos. Y un brazo de la chiquilla, lacerado por la metralla, reposa con la mano crispada sobre el vientre ensangrentado del hermano.

Hay más. Mi cámara fotográfica va de un cadáver a otro. El trabajo maquina de enfocar, regular el diafragma, oprimir el disparador, supone un alivio ante este aterrador cuadro; permite no pensar, escudarse tras los tranquilizadores movimientos profesionales. Una mujer de cincuenta años, con las piernas convertidas en desgarrados muñones, retorcidas por el hierro y el fuego. Otra mujer joven, que debió poseer un bello rostro, a la que nadie ha cerrado los ojos, mira obstinadamente hacia el cielo, conservando indeleble la última expresión con la que la sorprendió la muerte: la del horror.

Esto es Beirut. En los barrios cristianos de la capital de Líbano, la noche se vuelve estruendo y llamas. Desde sus posiciones situadas al otro lado de la línea de demarcación, que a lo largo de diez kilómetros divide en dos la capital, las tropas sirias pretenden doblegar la resistencia civil y militar de los cristianos bajo un constante diluvio de fuego. A veces, los bombardeos se encarnizan durante varios días, con una intensidad que roza el millar de proyectiles por jornada. En otras ocasiones, las aquí denominadas «tranquilas» no hay más de quince o veinte cañonazos por noche. Pero me sabría asegurar cuál de las dos modalidades es peor. Cuando el bombardeo es continuo, la gente se mete en los refugios o sótanos y aguarda allí a que amaine la tormenta. Pero cuando las bombas caen inesperadamente, de forma irregular, con pausas de varias horas entre una salva y otra, la población civil, confiada, cogida de improviso, es víctima del bombardeo en cualquier lugar en donde se encuentre, en sus casas o en la misma calle.

A lo largo de toda la línea del frente, la ciudad ofrece a la vista un aspecto de pesadilla. Se diría uno en Stalingrado Dresden, el Berlín de 1945... Edificios que se han hundido por completo, muros calcificados hasta la saturación por la terrible viruela de la metralla, hierros retorcidos, escombros, paredes que sólo se sostienen por extraño capricho de la ley de la gravedad, olor a basura, a podredumbre, a muerte. En los momentos de calma algunos niños —palestinos o

MORIR EN BEIRUT



Nuestro enviado especial en la línea del frente, en la capital libanesa. Las posiciones sirias se encuentran en los edificios del fondo.

sar de las bombas, a pesar de los francotiradores, en la línea del frente que separa los dos sectores de Beirut sigue viviendo gente, sigue hablando niños.

● LA MUERTE CON FILOSOFÍA

Acherafieh, Hadath, Ain Remmaneh... Nombres de barrios cristianos, nombres que ya son legendarios al este de la «frontera». Zonas especialmente castigadas por los bombardeos, y en las que, sin embargo, casi el 70 por 100 de su obstinada población se empeña en seguir viviendo. Fatalista, la población civil del lugar ha transformado sus sótanos en refugios, protegido con sacos terreros ventanas y puertas. Aquí se toman la vida y la muerte con filosofía; a veces, una bomba traspasa los muros y una familia queda hecha pedazos. Pero la vida continúa. Brigadas de jóvenes limpian cada mañana las principales calles de escombros y vidrios rotos —no queda ni una casa con los vidrios intactos en la línea del frente— y los comercios continúan ofreciendo al público sus productos. Hasta ahora, el sector cristiano no sufre excesivos problemas de abastecimiento, porque el puerto de Junieh, escasos kilómetros al norte de Beirut, sigue estando bajo el control de los cristianos,

agrupados militarmente en las llamadas «Fuerzas Libanesas». Los medicamentos tampoco escasean. Día y noche, en los diversos barrios, farmacias protegidas como «bunkers», por sacos terreros, siguen asegurando el suministro de productos sanitarios a la población.

Son siete las veces que he viajado a Líbano desde el comienzo de la guerra, y hay algo que todavía, a estas alturas, me sigue sorprendiendo. A pesar del sangriento drama, de las bombas, de los destrozos y de los muertos, a uno y otro lado de la línea que divide Beirut, la vida cotidiana prosigue su curso con insólita normalidad. En las afueras de la ciudad, dentro del enclave cristiano, las chicas se broncean bajo el sol en la playa, se hace esquí náutico, se baila en discotecas y se cena en restaurantes de lujo, perfectamente provistos de todo lo necesario. Las playas del sector musulmán están igualmente concurridas, los coches circulan nutridamente por las calles, los comercios mantienen abiertas sus puertas. En la calle Hembra, una especie de «Gran Vía» beirutina, situada en el sector izquierdista, los cines ofrecen estrenos de modernas películas, los restaurantes están llenos, las terrazas de los bares hormiguean de gente cada tarde. Sólo por las noches, momento en que los bombazos se ha-

cen más frecuentes en uno y otro sector de la ciudad, las calles más próximas al frente, así como las zonas «preferencialmente batidas», se quedan desiertas.

Otro aspecto insólito de este paisaje urbano bélico y surrealista: Sodeco, el Museo, Galerie Shemaan... Se trata de los «aguieros» en la línea de demarcación, los pasos únicos por los que es posible comunicarse entre los dos sectores de la ciudad. Son numerosos los habitantes que atraviesan varias veces a la semana la línea de demarcación porque tienen sus puestos de trabajo al otro lado, porque deben realizar algún tipo de negocio, o bien para visitar a los familiares... En días normales —los que reina una relativa calma en el frente— el tránsito de personas por estos puntos supera las veinte mil almas. El cruce no se hace jamás a pie, sino en automóvil, ya que habitualmente los francotiradores emboscados en las terrazas próximas hostigan con sus disparos a los que pasan. En días «críticos», los pasos se ven desiertos, y es frecuente que los osados que se arriesgan paguen con la vida el intento.

Los diversos grados de peligrosidad, según las circunstancias, se reflejan claramente en el precio de los taxis: por pasar a un pasajero al otro lado de la línea, para un recorrido de apenas un kilómetro, cobran

en días tranquilos el equivalente a unas mil quinientas pesetas. Los días «críticos», el precio puede ascender hasta a cinco mil. Pero cuando los combates están en plena crudeza, los pasos quedan cerrados, y sólo algún estúpido periodista se decide a cruzar la línea a pie.

● EL EMBROLLO LIBANÉS

Y hablando de líneas de demarcación, lo cierto es que, cuando uno se refiere a «sectores» en el Líbano, el término no queda nada claro. Este país ya no es tal, sino una especie de frontera cuyas líneas se confunden y entrecruzan hasta constituir un laberinto inextricable, dividido entre un número indeterminado de autoridades, diversas y enfrentadas a muerte entre sí. El Sur, en una franja fronteriza que se extiende por debajo y al Este de Tiro, está bajo el control de Israel, a través de su «hombre libanés», el comandante cristiano Saad Haddad, que se mantiene allí con sus milicias derechistas independientes. A lo largo de la línea Norte de ese territorio está la FINUL: «casos azules» irlandeses, noruegos, fidjianos y franceses de la ONU. Después se encuentran los palestinos y las fuerzas musulmanas progresistas, en una franja

que recorre la costa desde Tiro hasta Beirut. Por su parte, los sirios dominan la mayor parte del país, establecidos con una impresionante fuerza militar dentro y alrededor de la capital, y dueños absolutos del Este y del Norte libaneses. Finalmente, los cristianos tienen en el sector oriental de Beirut el punto avanzado de su zona, totalmente cercada por las tropas sirias, enclavada frente a la costa entre la montaña de Sannine, Beirut y Barrun, y que comprende menos de la quinta parte del territorio nacional libanés.

Este es el panorama geográfico, al que sólo puede calificarse —y eso con benevolencia— de endemoniado. Y tal perspectiva se agrava con la existencia vegetativa de un Gobierno débil, incapaz de imponer una autoridad que no posea, y con un Ejército al que nadie respeta, cuyos jefes militares deben pedir permiso a sirios, palestinos, cristianos o israelíes cada vez que quiere ocupar una posición o moverse de un lado para otro.

- ◆ Las tropas sirias pretenden reducir la resistencia civil y militar de los cristianos con implacables bombardeos
- ◆ El Gobierno, desbordado por los acontecimientos, es incapaz de ejercer su autoridad para controlar la dramática situación

Esto es el Líbano.

Fotos del autor

(Continuará.)



Soldados del Ejército libanés en los suburbios de Beirut.



Arturo PEREZ-REVERTE (enviado especial)



LOS MOTIVOS DE DAMASCO

La conclusión que cualquier observador saca tras darse una vuelta por el desgarrado Líbano no es muy favorable a la actuación siria. De la impresión de que el auténtico objetivo que persigue Damasco es convertirse definitivamente en el gendarme de este país, y para ello manipula a las fuerzas musulmanas y palestinas, debilita la fuerza del Ejército libanés impidiendo que éste se convierta en un instrumento eficaz del Estado y hostiga militar y psicológicamente a la población cristiana. Todo ello para mantener un estado de desorden que siga haciendo «necesaria» la ocupación del Líbano por sus tropas. ¿El fin último? Un miembro del Quinto Buró de las fuerzas cristianas libanesas me dio su propia versión, al asegurarme que en algunos mapas sirios, las fronteras se extienden hasta el mar, entre Palestina y Turquía, y en ellas no figura el Líbano. Eso, personalmente, no lo sé. En el mapa que yo poseo, comprado en Damasco hace un par de años, sigue figurando el Líbano. Al menos por el momento.

—Mire usted —me dice el portavoz de las fuerzas cristianas libanesas—, esta guerra es un pretexto para Siria, así de simple. Todo el mundo se lanza sobre nosotros, so pretexto de que quieren combatir a Israel en el Líbano. ¿Podrían irse a combatir a Israel, maldita sea! Tenemos aquí, en el país 600.000 palestinos. ¿Sabe cuántos hay en Siria? Hay 120.000, y los tienen tan controlados que apenas los dejan salir de los campos de refugiados sin permiso. ¿Cuántos hay en Kuwait? ¿Y en Arabia Saudí? Quieren que el Líbano pague los vidrios rotos de la ocupación de Palestina. Impiden que lleguemos a un acuerdo entre los propios libaneses, musulmanes y cristianos. Si nos dejaran en paz, hace tiempo que habríamos zanjado pacíficamente nuestras diferencias. Varias veces hemos lanzado ofertas de negociación a los musulmanes, incluso a los palestinos, y en todos los casos la actuación siria ha impedido conseguir resultados. Damasco argumenta que somos aliados de Israel. ¿De Israel? Los judíos sólo intervienen en el Líbano cuando les conviene, y siempre a favor de sus intereses, nunca de los nuestros. Los políticos sionistas han asegurado miles de veces que jamás permitirán el aplastamiento de los cristianos en el Líbano. Bueno, pues hace años que nos están aplastando los sirios, e Israel no mueve un dedo. Puede usted escribirlo tranquilamente señor. Los israelíes son «jeu el charmuta»... ¿Cómo dicen ustedes eso en español? ¡Ah, sí! Unos hijos de perra.

(Continuará.)

Fotos del autor

En las laderas de los montes Sannine, todavía es posible distinguir algunas placas de nieve sucia y amarillenta, que se reducen día a día bajo los rayos del sol. En la carretera de Baskinta, a casi dos mil metros de altura sobre el nivel del mar, la línea de vegetación se interrumpe bruscamente para dar paso a unas cumbres peladas, de rocas pardas y tierra rojiza, que salta al cielo en surtidores cada vez que un proyectil sirio revienta ladera abajo. Una bomba estalla en la serpenteante carretera, doscientos metros más arriba, con un estampido que parece conmovir toda la montaña. Precipitadamente, mis dos acompañantes, milicianos cristianos, me hacen saltar del coche y nos lanzamos a buscar la protección de las rocas que bordean la ruta.

—¡Allah, ¡allah! ¡Baduun ie'tluna! ¡Corre, corre! ¡Nos van a matar!



Desde una posición avanzada, un observador cristiano dirige el tiro de mortero sobre las avanzadas sirias

LA BATALLA DEL MONTE SANNINE

Entre sacos de arena, dos morteros de 81 milímetros responden débilmente al fuego de la artillería siria. Su «trump-trump» queda apagado de vez en cuando por el fragor de la artillería pesada enemiga, que barre la ladera y convierte las rocas en peligrosos fragmentos que silban en el aire y rebotan por todas partes. Cuando miro hacia la cima, en la que se encuentra la posición más avanzada de las fuerzas cristianas libanesas, mis acompañantes niegan con la cabeza. No quieren llevarme más arriba. Hace una semana, en este mismo lugar, el acompañante de un periodista perdió los dos brazos y el reportero fue alcanzado por metralla en el pecho. Hoy, la intensidad del bombardeo sirio en la contrapendiente me impediría llegar hasta las ya legendarias crestas de Sannine.



Montado sobre un vehículo, un cañón ligero de las fuerzas libanesas participa en la batalla nocturna

Al otro lado, cercado por las tropas sirias desde hace casi cien días, está Zahle, último reducto de los cristianos en la zona de la Bekaa, sumergida bajo una masa de carros blindados del Ejército de Damasco. La única carretera que lleva allí, que fue abierta a base de sangre y esfuerzos entre las montañas entonces cubiertas de nieve, se encuentra ahora controlada por los sirios. Dentro de la ciudad, 200.000 habitantes resisten los continuos bombardeos, parapetados en refugios de fortuna, carentes de alimento y de equipo sanitario. Todos los hospitales de la ciudad han sido destruidos, y los heridos y enfermos se amontonan en los sótanos. Allí no hay agua ni electricidad. La población civil y los milicianos viven, nacen y mueren en los refugios. Sobre la ciudad cae una media de 30 proyectiles por minuto.

En las crestas de Sannine, los cristianos ya no se baten por Zahle, sino por ellos mismos. La ciudad no tiene ninguna esperanza de victoria militar, y los que en ella resisten lo hacen

pensando en que una mediación diplomática internacional ponga fin a la matanza. Los milicianos que combaten en las contrapendientes de Sannine lo hacen para impedir que el Ejército de Damasco controle también esta cadena de crestas montañosas que corre a unos treinta kilómetros de la costa, paralela a ella, y cuya conquista daría a los sirios la oportunidad de colocar bajo el fuego de sus cañones y «órgano de Stalin» la totalidad del sector cristiano del Líbano, incluyendo los puertos por los que desembarcan los suministros que llegan por el Mediterráneo.

45.000 SOLDADOS SIRIOS

¿Por qué Zahle? En realidad, las 200.000 personas que habitan esta martirizada ciudad de la Bekaa están siendo protagonistas de un dramático «test». Cuando el líder de las fuerzas libanesas cristianas, Bechir Gemayel, envió allí, a finales de 1980, a un centenar de hombres para que organizaran la resistencia, esperaba verse respaldado

por la ayuda de Israel en este desafío a Siria. Por su parte, el Gobierno de Damasco recogió el guante, resuelto, a su vez, a verificar la solidez de las alianzas de Gemayel y sus fuerzas libanesas, así como los límites del apoyo internacional que éstas pueden recibir... Ahora, los hechos demuestran que los cristianos suspenden el examen y Siria lo gana. Occidente se lava las manos respecto a Zahle e Israel no mueve un dedo. Alentado por el éxito, el Gobierno de Damasco decide controlar también las crestas de Sannine, extendiendo hasta allí la que, de hecho, ya es su frontera.

Hoy, ocupando la mitad de los 10.000 kilómetros cuadrados de Líbano, Siria tiene allí casi la tercera parte de su Ejército nacional: 35.000 soldados regulares, ocho batallones de fuerzas especiales y 5.000 hombres del servicio de información militar, que vienen a totalizar unos 45.000 efectivos. Todo ello respaldado por 480 carros de combate y casi 500 vehículos blindados de diverso tipo, apoyados con artillería, misiles y helicópteros. Sus fuerzas entraron en Líbano en junio de 1976 para ayudar a los cristianos que comba-

- ◆ Las tropas sirias pretenden controlar las crestas de montañas que dominan el enclave de las fuerzas cristianas
- ◆ Damasco mantiene en el país cuarenta y cinco mil soldados, con un millar de tanques y vehículos blindados, misiles y artillería

tian contra izquierdistas libaneses y palestinos. Tras haber cooperado con las milicias derechistas hasta «equilibrar la balanza» en Líbano, el contingente sirio se convirtió, tras una «cumbre» de países árabes auspiciada por Arabia Saudí, en una «fuerza de disuasión» a la que le fue confiada la misión de mantener la paz en el país y preservar la soberanía del Estado. En esta «fuerza de disuasión» se integraron tropas de otros países árabes, pero pronto quedaron desplazadas por la abrumadora mayoría de los efectivos sirios, que no tardaron en variar la posición de sus cañones y volverse contra sus antiguos aliados, las milicias cristianas.

tener la paz: bombardeos indiscriminados de barrios civiles en Zahle y Beirut —yo he sido testigo de estos últimos sin que los precediese ninguna acción militar cristiana contra las posiciones sirias—, ataques al Ejército libanés —que se mantiene neutral y cuyas posiciones quiere ocupar Damasco a toda costa— y ocupación física de buena parte del territorio. Respecto a la supervivencia de los palestinos, los sirios no parecían preocuparse mucho por ellas cuando en 1976 lo vi, junto a las milicias cristianas, bombardear sus posiciones y campos de refugiados, colaborando en la captura de Tal Zataar por los falangistas de Gemayel.



Arturo PEREZ-REVERTE (enviado especial)

Frente a Beirut, el sol se oculta tras el mar.

En Acherafieh, junto a la línea de demarcación, las calles del sector cristiano se vacían bruscamente. Los francotiradores sirios situados en las terrazas de los edificios próximos han comenzado su rutinaria tarea de disparar sobre las calles que están al descubierto y sobre las posiciones que ocupa el Ejército regular libanés, cuya neutralidad no le pone a salvo de la guerra.

Con la noche cerrada comienza el bombardeo. Desde mi ventana del hotel Alexandre escucho el paso de los proyectiles, que rasgan el aire con siniestro sonido para reventar entre las calles próximas, haciendo brotar tétricas llamaradas sobre las que se recortan las siluetas cuadradas de los edificios.

En la pantalla de televisión de mi habitación, una especie de María Luisa Seco libanesa corretea con un grupo de niños a los que hace cantar estúpidas cancioncillas que hablan de flores y pajaritos.



Jóvenes de las fuerzas cristianas libanesas combaten en los suburbios de Beirut.

Los sirios no se fían del Ejército libanés, al que consideran —y no sin cierta razón— secretamente partidario de las fuerzas cristianas libanesas. Por ello, aunque en teoría éste es representante del Gobierno legal del Líbano las tropas de Damasco se dedican impunemente a machacar sus posiciones a diario, negándose a dejarle desempeñar ningún papel mediador en el conflicto. Como al Gobierno del que dependen, aquí, a las Fuerzas Armadas del Líbano se las toma todo el mundo a pitorreo. No podía ocurrir de otra forma en un país en el que, aparte de sirios, palestinos, voluntarios extranjeros, «casos azules» e israelíes, existen ochenta diferentes partidos y grupos políticos que se alían y se combaten sucesivamente entre sí, contribuyendo a acrecentar el caos que se cuece estos diez mil kilómetros cuadrados a lo largo y ancho de su quebrada geografía.

En el enclave cristiano, tras muchos y sangrientos avatares, se ha logrado en los últimos tiempos alcanzar la unidad política y militar. El llamado Frente Libanés es ahora una coalición que agrupa a los principales partidos, organizaciones y personalidades representativas de los cristiano-conservadores. Dirigido por Camille Chamoun —líder del Partido Nacional Liberal— y por Pierre Gemayel —líder del partido Kataeb o falangista (que nada tiene que ver con lo que en España conocemos por Falange)— tiene por objetivo el mantenimiento en el Líbano del equilibrio entre las comunidades cristiana y musulmana. Si este aspecto no es posible lograrlo, se pronuncia en tal caso por un arreglo entre unos y otros, ya mediante un estado autonómico, cantonal, federado o incluso la participación del Líbano en dos estados, uno cristiano y otro musulmán, absolutamente independientes. Como requisito previo, sostiene la necesidad, no de la eliminación de la presencia palestina, sino del fin de ésta dentro de las fronteras del país como fuerza armada.

El brazo armado del Frente Libanés son las Fuerzas Libanesas, el «Ejército» cristiano propiamente dicho, a cuyo frente se encuentra Bechir Gemayel —hijo de Pierre, el fundador de los Kataeb—. Tras duros enfrentamientos con otras facciones armadas cristianas, especial-

EL "ESTADO" CRISTIANO

mente contra los hombres del PNL de Chamoun, por hacerse con la supremacía, los «kataeb» de Bechir Gemayel se convirtieron en la columna vertebral de estas fuerzas libanesas, ahora convertidas en aparato militar unificado y homogéneo. Las FL operan en dos aspectos: de una parte, llevan a cabo una labor civil, facilitando en el sector cristiano aquellos servicios públicos que el débil Estado libanés es incapaz de cubrir. Por otro lado, han conseguido establecer por fin la unidad de acción militar de todas las milicias cristianas, que ahora se encuentran bajo un mando conjunto y operan con mayor coordinación y eficacia en los frentes de combate.

● LOS «KATAEB»

«Chej» Bechir, como le llaman sus seguidores, es sin duda el actual y auténtico líder de la juventud cristiana libanesa. En un país en el que la mayor parte de las fuerzas políticas y militares están desprestigiadas es el único que ha logrado dar a sus seguidores de las milicias cristianas una sensación de homogeneidad, de firmeza y de fuerza. Por otra parte, la resistencia encarnizada que los «kataeb» llevan a cabo desde el comienzo de la guerra contra palestinos, izquierdistas y sirios, y la que mantienen ahora a pesar de hallarse en inferioridad de condiciones ante las tropas de Damasco, le han conferido a él y a sus hombres una aureola de héroes cristianos. Por otra parte, la a menudo brutal actuación siria ha conseguido lo que hasta hacía poco impedían las diferencias políticas entre los propios cristianos libaneses: la unidad militar y emotiva en torno a Bechir Gemayel y sus falangistas. Puede afirmarse sin ningún género de dudas que han sido los sirios los que

han echado a la población cristiana en brazos de los «kataeb».

Las opciones políticas de las fuerzas cristianas libanesas son más radicales que las de los grupos políticos conservadores integrados en el Frente Libanés, y en algunos aspectos puede considerarse a la izquierda de las fuerzas políticas de las que son reflejo. Están en contra de cualquier presencia armada extranjera en el Líbano, incluyendo la de los combatientes palestinos —no de los refugiados civiles— y la retirada de las tropas sirias. Defienden el concepto de un Líbano en el que coexistan pacíficamente las comunidades cristiana y musulmana, y piden una serie de reformas sociales que pongan fin a situaciones de desigualdad que se daban antes de la guerra. Preconizan la existencia de un Estado soberano laico y se oponen a cualquier partición de éste. Sobre su controvertida alianza con Israel ponen especial interés en asegurar que ésta no ha tenido lugar y que el Estado judío los ha dejado indefensos ante el Ejército sirio. «De todas formas —manifiestan—, en caso de necesidad, cuando lo que se juega es nuestra existencia o nuestra desaparición, cuando se trata de una situación a vida o muerte, nadie podría reprocharnos, si eso tuviera lugar, que nos aliásemos incluso con el propio Diablo para sobrevivir.»

Aparte del Partido Kataeb y del Nacional Liberal, integrados políticamente en el Frente Libanés, y militarmente en las Fuerzas Libanesas, existen en el sector comunitario cristiano otras formaciones que han participado en la guerra, pero que ahora son inoperantes o han quedado desplazadas por la creación de un frente unificado Kataeb-PNL. Entre ellas se



Por la noche, las bombas ponen un fondo de explosiones y llamas a la capital del Líbano.

● EL EJERCITO, TRITURADO

Otros grupos de menor entidad son el Al-Muakdamine, la Brigada de la Montaña—hoy eliminada—, el Movimiento de la Juventud Libanesa—desaparecida como tal el pasado año—, el Movimiento Kesruanés, la Agrupación Zahliota—jóvenes intelectuales que participan en la defensa civil de Zahle—, el Ejército de Liberación Libanés—que a pesar de su sonoro nombre no es sino un movimiento de acción social— e infinitad de otros grupos y pequeños

● La actual unidad de las fuerzas conservadoras sólo fue posible a costa de graves enfrentamientos internos

● Bechir Gemayel, hijo del fundador de las falanges cristianas, es el indiscutible «hombre fuerte» de las derechas

partidos políticos. El peso específico de todos aquellos que se encuentran fuera del conjunto del Frente Libanés y de las Fuerzas Libanesas es absolutamente inapreciable. Bechir Gemayel ha logrado su meta: «la unificación del mando y de los combatientes». El precio de estos arreglos internos, a veces, ha sido sangriento. Pero como los propios falangistas reconocen: «había que elegir entre la anarquía y el desastre o la firmeza y la eficacia. No se pueden hacer tortillas sin romper antes los huevos».

Y queda el Ejército; triturado a conciencia por los sirios, es incapaz de asumir las funciones de salvaguardia del orden y de la soberanía nacional. En realidad, a nadie parece interesarle que exista un Ejército como tal: palestinos e izquierdistas lo acusan de ser parcial a favor de los cristianos; los israelíes dicen que es incapaz de controlar nada; los cristianos prefieren tener su propio ejército en las Fuerzas Libanesas y, finalmente, los sirios no desean que la existencia de unas Fuerzas Armadas regulares —cuya consolidación, por otra parte, es un tanto problemática— haga innecesaria la presencia en el país de las tropas de Damasco. Porque junto a las actuaciones que se lanzan contra los sirios, en el sentido de que pretenden anexionarse el Líbano, hay una realidad indiscutible: en la actualidad, la presencia siria en el país es el único freno a la actuación israelí. Para desgracia de los cristianos libaneses aquí también se puede parafrasear a que el viejo dicho: «Pobre Líbano. Tan lejos de Dios y tan cerca de Israel.»

(Continuará.)

Fotos del autor



El camino de la unidad de las milicias cristianas sólo fue posible a costa de enfrentamientos entre los diversos grupos armados



Arturo
PEREZ-REVERTE
(enviado especial)

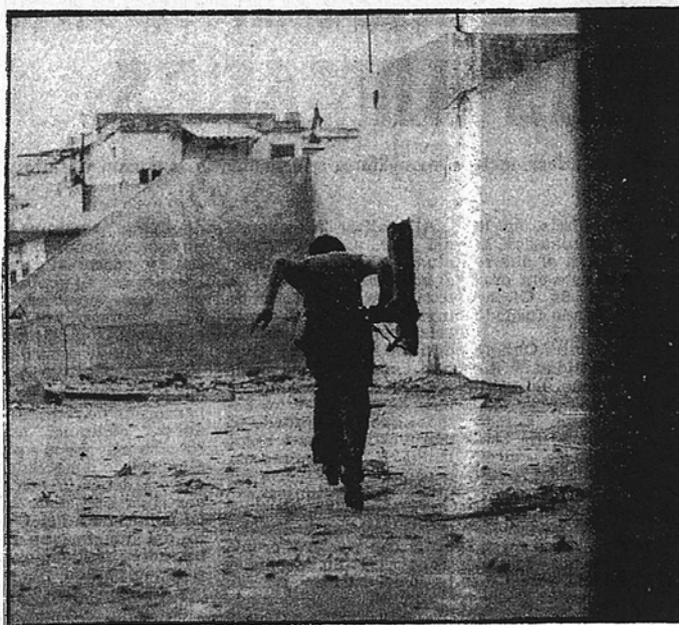
JUNTO a uno de los «puntos de paso» entre los sectores musulmán y cristiano de Beirut, dos soldados observan el tráfico con expresión aburrida. Llevan boina verde y tienen los kalashnikov apoyados en los sacos terreros que protegen su garita. Cuando ven un vehículo que despierta sus sospechas, lo hacen detenerse y registran cuidadosamente su interior. El taxista musulmán que me trae desde la zona cristiana aminora la velocidad al pasar junto a ellos, agita una mano a guisa de saludo y les sonríe, conciliador. Cuando los dejamos atrás, se vuelve a mirarlos de reojo y hace una mueca de disgusto.

—Sirios —dice señalándome con un gesto—. Siempre sirios por todas partes.

Y asegurándose de que ya no nos observan, escupe despectivamente por la ventanilla.

No son sólo los cristianos quienes se muestran hostiles a la presencia militar siria en el país. El recelo ante la «fuerza de disuasión» siria se pone también de manifiesto entre los musulmanes, izquierdistas o no. Los propios palestinos, que tienen buena memoria, no pueden olvidar que quienes ahora aseguran estar aquí para protegerles, penetraron en el país hace seis años para ayudar a los entonces exhaustos falangistas. Después cambiaron las alianzas, pero los recuerdos permanecen.

miento, hasta tal punto que por aquella época se llegó a decir que «la imaginación y el futuro del Líbano» habían muerto con él. Tras su desaparición, el MNL se reveló incapaz de elaborar un proyecto político viable e independiente de la influencia exterior, y se convirtió de inmediato en campo de batalla de las diferentes facciones antagonistas que se disputan la hegemonía en el mundo árabe y que miden sus fuerzas en el Líbano. Hoy, sometido a todo tipo de presiones, incapaz de en-



Los edificios ocupados por el Ejército libanés son blanco de los francotiradores sirios. Hay que moverse por ellos a la carrera

SARKIS, IMPOTENTE

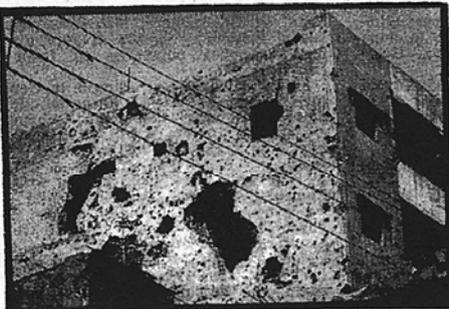
Conscientes de su debilidad y de sus divisiones, las principales fuerzas político-militares libanesas izquierdistas de las que hemos enumerado, sueñan con la creación de un nuevo Frente Nacional, mucho más amplio, en el que se puedan englobar el mayor número posible de tendencias, a fin de lograr poner a pie un programa común coherente y una acción concertada y eficaz. Pero este proyecto choca con la oposición de los propios sirios, que desean seguir siendo la única fuerza en el Líbano, y también con la resistencia —débil, pero resistencia al fin y al cabo— del Presidente del «Gobierno fantasma» libanés, Elias Sarkis. A juicio de Sarkis, la creación de un nuevo Frente acentuaría la división del Líbano en dos bloques protagonistas, eliminando la posibilidad de diálogo, consagrando, además, oficialmente una división que ya existe de hecho. En varias ocasiones ha asegurado que él pretende ser el presidente de «todos los libaneses», y a quienes le acusan de no haber hecho nada para impedir la constitución del «miestado» cristiano, él responde que es imposible desarmar a los falangistas mientras que los palestinos estén armados. De ahí que su principal quebradero de cabeza sea encontrar una fórmula que le permita controlar a los palestinos. Naturalmente, éstos no están dispuestos a consentirlo, entre otras cosas, porque ello daría lugar, aseguran, al desmantelamiento de la OLP y a la liquidación de su potencial defensivo contra Israel. Y en este aspecto los palestinos se ven incondicionalmente apoyados por el Movimiento Nacional Libanés.

En general, las fuerzas progresistas libanesas se encuentran en una posición altamente delicada ante sus actuales aliados de Damasco. Por una parte son conscientes de que para lograr un entendimiento con los cristianos que ponga fin a la guerra, la condición previa es que el país se desembarace de toda presencia militar extranjera, de toda influencia ajena a los intereses puramente nacionales del país. Por la otra, aunque no se hacen demasiadas ilusiones sobre la política de Damasco y son conscientes de las maniobras que han tenido lugar para recortar las alas de los palestinos y dividir a la izquierda libanesa, tampoco pueden permitirse el lujo de prescindir de la seguridad que, ante un posible estallido general con los cristianos o ante las intervenciones judías, la presencia siria les proporciona.

Los partidos musulmanes e izquierdistas agrupados en el Movimiento Nacional Libanés no mantienen respecto a Siria una actitud homogénea. Algunos de ellos se han alineado con las tesis de Damasco, pero otros, precisamente las formaciones ideológicas más potentes, siguen empeñados en mantener «cierta independencia» con respecto a sus «protectores» procedentes del país vecino. Todas estas tensiones han dado lugar a una gran incoherencia en los postulados de la izquierda musulmana libanesa, que se encuentra en la actualidad bastante desacreditada. La razón de su decadencia hay que buscarla en la pérdida de su gran líder histórico, Kamal Jumblatt, el hombre que mantenía la unidad y que quizá por ello aseguran las malas lenguas que fue asesinado en 1977 por los sirios.

contrar su propio camino, el MNL no es sino un «anexo de Siria», como comentan con amargura, a título privado, buena parte de sus componentes. Incluso la comunidad chiíta, cuya organización paramilitar Amal es todavía una auténtica fuerza política del Líbano musulmán, ha sido manipulada tanto por los cristianos, que intentan enfrentarla al MNL y a los palestinos, como por los iraníes y los sirios, que pretenden utilizarla para oponerse a la influencia iraní en el país.

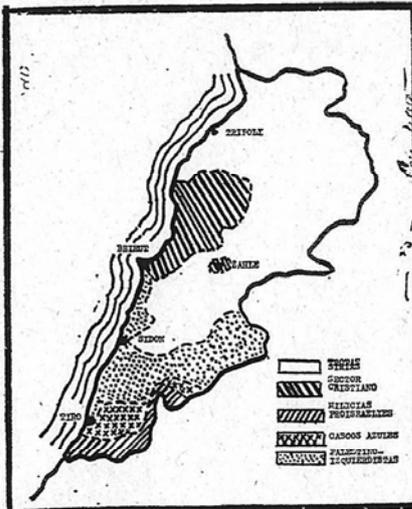
Como se ve, se trata de un hermoso embrollo. Y eso no es sorprendente, si tenemos en cuenta que el Movimiento Nacional Libanés está integrado —decimos «integrado» por decir algo— por 16 diferentes organizaciones y grupos políticos. El más destacado es el Partido Socialista Progresista, dirigido por Wadid Jumblatt, hijo del fallecido Kamal, que ha convertido a su movimiento en una de las principales fuerzas político-militares del Líbano musulmán. Apoya la legalidad del «Gobierno libanés», y es consistorio de la comunidad cristiana que todavía sigue viviendo en



La guerra ha dejado su huella por todas partes

EL «ESTADO» MUSULMAN

- Frente a la homogeneidad del conjunto cristiano, las fuerzas izquierdistas se han revelado incapaces de abordar una acción común
- El presidente Sarkis, impotente para conciliar los complejos intereses de las diversas tendencias político-militares del país



las zonas libanesas de dominio musulmán. Reclama la supresión del confesionalismo en el país, la adopción de un sistema electoral proporcional, la reorganización del Ejército y la libertad de la presencia y acción armada palestina en el Líbano. A PSP le sigue en importancia el Partido Comunista Libanés con predominio de afiliados de origen chiíta, que mantiene un análisis basado en la lucha de clases —proletarios musulmanes versus

tigo pro sirio Baas. Hay otro Baas de tendencia pro iraní y un sinnúmero de organizaciones políticas diversas: Partido de Acción Socialista Árabe, Partido Democrático Kurdo de Izquierda, Movimiento Libanés Democrático, Organización Popular Nasserista Frente de los Cristianos Patriotas, etcétera. De todos ellos destaca el Movimiento Nasserista (Morabitum), de composición muy compleja, que a causa de su participación en la guerra, ha llegado a ocupar un lugar de peso en el seno del Movimiento Nacional Libanés. Los morabitum protagonizan una línea radical, rehusando cualquier tipo de compromiso.

Finalmente, para terminar: de exponer las líneas generales del complicado panorama de la división izquierda libanesa, hemos de señalar que el MNL no agota todas las tendencias existentes, ya que fuera de éste subsisten todavía otra veintena de partidos o grupos que actúan más o menos a su aire. Ello, naturalmente, sin contar a los palestinos. Pero de estos últimos ya hablaremos más adelante.

El actual objetivo del Presidente Sarkis es lograr imponer las condiciones que permitan una retirada siria del Líbano, a fin de que entre las diversas fuerzas libanesas, musulmanas y cristianas se establezca por fin un diálogo constructivo. Pero, por una parte, está claro que los sirios no tienen el menor deseo de que la situación se arregle, porque no desean marcharse. Por ello, hacen todo lo posible por seguir siendo «necesarios» en el Líbano. Por otra parte, tampoco Israel está dispuesto a tolerar un auténtico entendimiento libanés a nivel nacional, pues ello tendría lugar, inevitablemente, sobre una normalización de relaciones Beirut-Damasco, un compromiso con los palestinos y la condena de toda colaboración con el Estado judío.

Como se ve, ni a israelíes ni a sirios (ni a norteamericanos ni soviéticos) les interesa un próximo arreglo de la situación libanesa. Por eso la guerra dura seis años, y bien puede seguir durando otros seis más.

(Continuará.)

Fotos del autor

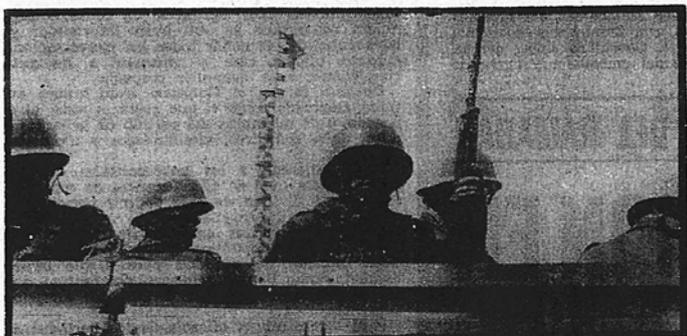


Arturo PEREZ-REVERTE (enviado especial)

A la una de la madrugada, las explosiones hacen vibrar los techos de chapa ondulada del campo de refugiados. Grupos de combatientes palestinos pasan corriendo en la noche, kalashnikov al hombro, camino de sus posiciones en la costa. A dos millas mar adentro, frente a la ciudad sureña de Tiro, breves fogonazos de luz anaranjada indican la posición de las cañoneras israelíes que bombardean el campamento.

Desde un bloque de sacos terrosos, una ametralladora doble de 20 milímetros dispara hacia el mar el rastro rojo de sus balas trazadoras. En las afueras de la ciudad, sobre la playa, resuena un fuerte tiroteo. Comandos israelíes han desembarcado, y antes de retirarse proceden a volar varios edificios. Un pequeño depósito de combustible, quizá un coche alcanzado, arde furiosamente disipando la oscuridad.

En el sur del Líbano, esto es pura rutina. Se trata de una noche como cualquier otra.



«Cascos azules» de la ONU. Peligrosa e inútil misión

El sur del Líbano se ha convertido, desde hace años, en el campo de operaciones de las fuerzas armadas judías. Aprovechando el caos reinante en el país, mientras la guerra civil y los enfrentamientos entre las diversas fuerzas políticas y militares prosiguen sin tregua, Israel se dedica a «ir a lo suyo», arreglando sus cuentas con los palestinos. Medio millón de refugiados se amontonan en miserables campamentos repartidos por la mitad sur del país, sin otra protección frente a las incursiones judías que la estructura militar de las diversas fracciones armadas de la Resistencia. También están los sirios, cierto, que se autoproclaman defensores de los intereses palestinos en el Líbano. Pero los sirios parecen más interesados en aplastar a los cristianos libaneses que en enfrentarse a Israel, cuyas tropas campan por sus respetos en la frontera sur y en la costa del país.

Como de costumbre, en la lucha contra el casi ancestral enemigo sionista, los palestinos están solos. Es cierto que los soldados de Damasco han instalado misiles SAM-6 en el Líbano, pero estos artefactos no están aquí para impedir que la aviación israelí machaque los campos de refugiados, sino para proteger las formaciones militares sirias que se encuentran desplegadas a lo largo y ancho del país, apuntando la política libanesa de Damasco. La «crisis de los misiles» no tiene directamente nada que ver con los palestinos. Se trata de otra guerra, una especie de «pulso» entre Washington y Moscú, a través de intermediarios. Pero frente a las cada vez más osadas e impunes «acciones preventivas» israelíes encaminadas a quebrar el espinazo de la Resistencia, los palestinos no tienen otra defensa que sus propias fuerzas.

Por la mañana, mientras recorremos el lugar en donde esta madrugada desembarcaron los judíos y observamos los destrozos, uno de los responsables del FPLP en Tiro me comenta con amargura que «la mayor parte de los países árabes, que nos apoyan para salir para fuera, están muy satisfechos de que exista un Líbano en el que queda «fijado» el problema palesti-

ISRAEL MANDA EN EL SUR

Los palestinos combaten en el Líbano por su supervivencia



no por el momento. Una especie de «reserva india», ya sabe, en la que libaneses cristianos por un lado, israelíes por otro, «cascos azules» por acá, y a veces sirios por allá, nos mantengan ocupados. Así mientras se erigen en defensores de nuestra supervivencia en el Líbano, no tienen por qué preocuparse de la cuestión fundamental, que es la de recuperar la Palestina que nos fue arrebatada por el sionismo y por las potencias que lo sostienen. Nos mandan dinero —tampoco demasiado— y eso les permite tranquilizar sus conciencias. Naturalmente hay excepciones, aunque pocas. El único país árabe que nos apoya incondicionalmente, el único para quien Palestina se ha vuelto una auténtica obsesión, es la Libia de Gaddafi. ¡Lástima que geográficamente esté lejos de aquí! Si Libia tuviese una frontera con Palestina, otro gable cantaría! ¡Ojalá hubiese en Egipto un Gaddafi en vez de un Sadat!».

EL DRAMA PALESTINO

El drama de los palestinos en el Líbano no tiene lugar tan sólo por parte de la despiadada presión israelí. Su futuro está estrechamente ligado al del país en el que se han instalado —y de cuya guerra ellos fueron el origen indirecto—. Por desgracia para los palestinos, por desgracia para los libaneses, a largo plazo unos u otros terminarán siendo perjudicados por la solución, si es que esta llega algún día. El actual «status» de la Resistencia sólo puede mantenerse en un Líbano dividido y desprovisto de una autoridad constituida y eficaz. Cualquier arreglo pacífico



«Fedayin» vigilando la costa, en Tiro. Las incursiones israelíes son frecuentes

que pudiera efectuarse en este maltrecho país sería a costa de recortar las alas a los palestinos. Hasta los aliados de éstos, los miembros de las fuerzas izquierdistas libanesas, coinciden en insinuar que la presencia de los refugiados, con su estructura militar y política actual, no puede ser más que provisional. Si el Estado del Líbano es nuevamente restablecido, una «seria disciplina» se impondrá, sin duda, a las organizaciones armadas palestinas. Esto, aunque nadie entre la izquierda libanesa lo reconoce demasiado expresamente, está en la conciencia de todos. Y si es precisamente la presencia palestina una de las razones locales por las que resulta difícil entablar una negociación entre diversas fuerzas libanesas, también es cierto que incluso entre sus aliados existen no pocos reacios hacia la resistencia palestina, que podrían favorecer futuras negociaciones entre musulmanes y cristianos, cosa que, por otra parte, ambos bandos se declaran dispuestos en principio a entablar.

De ahí que a los palestinos tampoco les interese excesivamente el fin de la crisis libanesa. Los responsables de la izquierda aseguran que, en caso de arreglo pacífico con las derechas, «estaríamos dispuestos en ese diálogo a pedir grandes concesiones para nuestros amigos palestinos». Pero esas palabras no llegan apenas a ocultar la realidad: entre las «grandes concesiones» sería muy difícil obtener también la del mantenimiento en suelo libanés de la resistencia con la actual estructura militar, imprescindible para que los palestinos conserven su capacidad de resistencia frente a la agresividad israelí e imprescindible también como base de la lucha por la recuperación de su tierra ocupada. Lucha que es la razón de ser de las organizaciones palestinas, y a la que, a pesar de los reveses sufridos siguen sin estar dispuestos a renunciar.

«MENOS ES NADA»

Desde las ruinas de la

antigua ciudad fenicia de Tiro —ruinas que además de la acción del tiempo han sufrido la acción de las bombas judías—, unos «fedayin» me señalan la línea de la costa que se alarga en gracioso arco hacia el sur. «Es Palestina», dicen con un tono extrañamente dulce, insólito a la vista de sus curtidas expresiones de combatientes. Esa tierra, ocupada por Israel, parece al alcance de la mano, y, sin embargo, se halla muy lejos. Mis acompañantes de esta jornada están separados de ella por una franja de territorio libanes, entre cuyos verdes campos de naranjos se encuentran las fuerzas de la FINUL, los «casco azules» de la ONU. Mas abajo, entre estos y los soldados judíos, se extiende la «zona liberada» del comandante cristiano Saad Haddad, cuyas milicias son la ley en aquel enclave de 100.000 habitantes —40 por 100 de cristianos y 60 por 100 de musulmanes—, creado por el Estado sionista para tener en el sur del Líbano un «colchón» amortiguador que aleje las incursiones palestinas de sus fronteras. Esta zona libanesa dependiente de Tel Aviv es también una plataforma operativa, desde la que las tropas judías pueden lanzar con toda comodidad ataques terrestres contra las posiciones palestinas, y que, en un futuro que nadie estima lejano, podría ser el punto de partida para una «invasión preventiva» judía del sur del Líbano.

Allí, al extremo de aquella línea de costa que mis compañeros palestinos señalan con gesto nostálgico, hay 169.000 soldados judíos en pie de guerra, con más de 3.000 carros de combate y medio millar largo de

- Los sirios parecen más interesados en aplastar la resistencia cristiana que en enfrentarse directamente con el ejército judío
- Los palestinos rechazan una solución para el Líbano que suponga el desmantelamiento de su estructura militar

aviones, dotados con el material más avanzado del mundo y respaldados tecnológicamente por los Estados Unidos de América. A este lado hay 500.000 palestinos, de los que sólo 40.000 están en pie de guerra, armados con 50 viejos tanques T-34, algunos lanzacohetes y misiles tierra-aire Sam-7 y Sam-9. «Es poco para liberar ahora Palestina —me dice uno de los «fedayin», pero suficiente para defendernos. Menos es nada.»

De regreso a Beirut, escribo las últimas notas a la luz de una vela, porque los bombardeos sirios han cortado la electricidad. De vez en cuando, el «bumbum» de las bombas que caen sobre los barrios cristianos crece en intensidad, y me acerco a la terraza para contemplar los fantasmagóricos resplandores que brotan entre los edificios, rasgando las sombras de la noche. A lo lejos, en las montañas, brillan imperturbables las luces de los chalets de lujo y los pueblecitos veraniegos en donde se han refugiado las gentes que tienen bastante dinero para escapar de estos valles atormentados por la guerra, el fanatismo y la estupidez humana. Me siento como en el interior de una de esas muñecas rusas, de las que cada una contiene dentro otra, que a su vez contiene otra, que contiene otra, etc. La guerra del Líbano está encerrada en la que opone a cristianos y musulmanes, que a su vez está encerrada en la que opone a árabes e israelíes, que está dentro de la que opone las influencias norteamericana y soviética, que al mismo tiempo se encuentra en el interior de la más grande, la que tiene la forma de un mundo incapaz de vivir en paz y sentado en una silla de la terraza, con los pies sobre la barandilla y un vaso de buen whisky en la mano, contemplo la interminable agona del Líbano desde mi cómoda torre de Mecenas. Sólo falta el arpa.

Fin de la serie. (Fotos del autor)